

Oscurecido

Por Dirk Wehner. Traducción de Rubén Farraces

El lumen situado debajo del cañón del rifle láser de Gerrikan Orzan perforó la oscuridad total del corredor que se abría ante él. Partículas flotantes de polvo atravesaban la fría luz, bailando lentamente mientras el sargento hacía señas a su escuadra para que le siguiese hasta la sala octogonal vacía que conducía a las entrañas de la Advenimiento Imperatus.

La nave estaba completamente a oscuras. Ni siquiera los lumen de emergencia iluminaban los pasillos y las cámaras que habían atravesado. Los botas de los cinco soldados entrenados resonaban sobre los suelos de acero. Aparte de eso, todo seguía escalofriantemente tranquilo.

- Esto es como un barco fantasma, - retransmitió el guardia Miika al resto de la escuadra. - ¿Os fijasteis en el casco al llegar? Ni un solo arañazo. Ningún daño de combate. Nada.

- Lo sé, - coincidió Tsararel. - ¿Y cómo es que una fragata solitaria se ha quedado varada tan lejos? ¿Qué le ocurrió al resto de la flota?

- Sé lo que os ocurrirá a vosotros si no empezáis a mantener la disciplina de vox ya mismo, - rugió el sargento Gerrikan.

Los cinco guardias se quedaron en silencio y se adentraron en el navío, alejándose de la seguridad de su transbordador allá en la bahía del hangar. "Pero es extraño", pensó Gerrikan para sí mismo. La solitaria nave clase Tempest acababa de aparecer a la deriva entre las estrellas, a oscuras e inerte. Las autoridades imperiales habían intentado contactar con la fragata, pero sin éxito. Al final, la escuadra de Gerrikan había sido enviada a investigar de dónde había salido tan de repente la Advenimiento Imperatus. No encontraron ninguna resistencia al entrar con su transporte en los hangares.

Cuando llegaron se encontraron con que los generadores de la nave estaban inactivos. Daban energía a los protocolos de emergencia que mantenían el flujo de aire reciclado y un campo de gravedad estable, pero eso era todo. Por ahora, no habían descubierto ni rastro de la tripulación.

Tras unos minutos alcanzaron una bifurcación. Un pasadizo conducía al puente de mando mientras que el otro se adentraba aún más en las tripas de la fragata, donde estarían los compartimentos de la tripulación y las estaciones medicae.

- Tsararel, Izzren, comprobad las cubiertas inferiores, - ordenó Gerrikan. - Miika, Holt, os venís conmigo. Veamos si hay alguien en el puente. Tened listos los espíritus de vues-

tras armas.

- Vamos, Izz, - dijo Tsararel, echándose al hombro su rifle de plasma mientras enfilaba el corredor de la izquierda. Cuando Izzren le siguió, Gerrikan se sorprendió mirándola más tiempo de lo que pretendía. Su hermana menor se había unido a la 150ª de los Dracos de Guerra de Falkenberg hacía no tanto y el orgullo que le había producido aún se sentía reciente. Empecinada, se había abierto paso por la fuerza a través de la dura criba del reclutamiento y del brutal entrenamiento del regimiento en la ronda de admisiones que siguió a la de Gerrikan, determinada a unirse a la misma promoción (y, por lo tanto, al mismo regimiento) que él.

Izzren no lo había hecho por nada inapropiado, como por la necesidad de compañía ni por protección. Más bien porque estaba decidida a no dejar que Gerrikan le superase en nada. Estaba bastante seguro de que era una soldado excepcional, pero el sargento no podía quitarse de la cabeza así como así el hecho de que ahora era su superior. No podía tratarle distinto a ninguno de sus otros guerreros.

- ¿Viene, sargento?, - pregunto Miika.

- ¿El Emperador se sienta en un Trono Dorado?, - respondió Gerrikan. - Moveos. Al puente.

+++

El puente de mando de la Advenimiento Imperatus parecía tan oscuro y vacío como el resto de la nave.

- Juro por el ojo del Emperador que no entiendo esto, - murmuró Gerrikan. - Separémonos. Formación Vigilantus. Miika, ocúpate del flanco derecho. Holt, tú al izquierdo.

Los otros dos guardias respondieron a su orden con sendos clicks cortos de su vox y pusieron en ristre sus rifles láser. Miika se dirigió en silencio hacia la derecha del puente. Su lumen bailaba sobre monitores oscuros y estaciones de servidores.

- ¿Veis eso?, - retransmitió. Varios servidores colgaban flácidos de sus montajes, aún conectados a sus santuarios de datos tácticos y a sus estaciones de cogitadores. Parecían desnutridos y muertos, pero sin una causa obvia.

- Mantén la posición, Miika, - respondió Gerrikan. - Holt, investiga el otro flanco.

En cuanto dejó de hablar, Holt se dirigió hacia la izquierda. Su lumen se movía describiendo círculos a través de la oscuridad

mientras avanzaba de una posición a la siguiente. De repente, la luz dio una sacudida al caerse Holt.

- ¡Holt, vuelve!, - la llamó Gerrikan.

- Estoy bien, - respondió, respirando con dificultad. - Me... me he tropezado con alguien. Está muerto, como los servidores.

Gerrikan avanzó hacia la posición de Holt, notando como el corazón le golpeaba el interior de las costillas.

"En nombre del Emperador, ¿qué está pasando aquí?"

- Parece que se tumbó y nunca llegó a levantarse, - comentó Holt cuando le alcanzó. Tenía razón: el hombre estaba ahí tumbado, caído como una muñeca de trapo desechada.

Gerrikan asintió con la cabeza, y empezó a avanzar con cuidado y en silencio para comprobar el resto del puente de mando. Procuró estar atento a todo lo que le rodeaba pero no había ninguna señal de vida, solo más miembros de la tripulación muertos. Todos los cadáveres tenían un aspecto demacrado, macilento y estaban hundidos sobre sus estaciones, como si hubiesen caído en coma o se hubieran muerto de hambre. - No hay señales de vida, - retransmitió al alcanzar el trono de mando en el centro del puente. Frunció el ceño al levantar la mirada hacia el fallecido comandante de la nave. Sus ojos estaban abiertos de par en par, vidriosos y miraban al techo. Gerrikan tembló. - Tranquilos, Dracos de Guerra. Aquí no hay nada más que muertos. Que el Emperador proteja sus almas.

- Debe haber una razón para todo esto, señor, - respondió Holt. - La gente no se cae y se muere sin más...

Gerrikan asintió. - Estoy de acuerdo. Miika, despierta el extractor de datos y conéctalo. Veamos si podemos hacer funcionar algunos de los bancos cogitadores. Quizás nos cuenten algo sobre lo que ha pasado aquí. Mientras tanto, esperemos que Tsararel e Izzren tengan más suerte.

+++

El portón blindado delante de Izzren se abrió con un suave siseo después de que hubiese golpeado su runa de activación. - Bien, - murmuró. - Aquí abajo deberíamos encontrar la estación medicae. - "Y, tal vez, algunas respuestas", pensó.

Tsararel mostró su acuerdo. - Barremos rápidamente las cámaras exteriores y luego avanzamos hasta los compartimentos de la tripulación. Cuanto antes acabemos aquí,

mejor. No me gusta nada este sitio.

Izzren asintió. - Irás delante, - decidió. - Preferiría tener tu rifle de plasma entre... lo que sea que encontremos aquí abajo y yo.

Tsararel se encogió de hombros, alzó el arma y pulsó su runa de activación. La bobina de plasma emitió un ligero zumbido y bañó los alrededores con una débil luz azul. El especialista en armas de la escuadra avanzó un paso hacia el umbral.

- Al habla Tsararel Crestlan de la 105ª de los Dracos de Guerra de Falkenberg, - gritó a la oscuridad, su voz amplificadas por el vocoemisor integrado en su casco. - ¿Puede oírme alguien?

El silencio solo pareció incrementarse. Izzren casi podía sentirlo acariciándola desde la oscuridad como un viento frío.

Tsararel giró la cabeza para mirarla. El brillo rojo de su ojo biónico se mezclaba con el resplandor azul de su arma de plasma.

- Vamos, - dijo, y avanzaron al interior de la siguiente cámara. Izzren le siguió y dejó que su lumen deambulara por la sala que se abría tras la puerta.

- Creo que hemos encontrado a la tripulación..., - dijo Tsararel con voz entrecortada mientras asimilaba la escena que se desplegaba ante él.

A Izzren se le puso la carne de gallina cuando la luz de su lumen recorrió la estación medicae, iluminando fila tras fila de figuras inertes tumbadas en camillas. Estaban conectadas a santuarios de soporte vital cuyas luces aún parpadeaban. Varias camillas se habían volcado. Algunos estaban atados a ellas, vivos pero completamente inánimes. Otros se habían bajado rodando de sus lechos, arrancándose los cables de soporte vital en el proceso. Parecían haber muerto de hambre allí donde habían caído. Tirados entre ellos estaban los mismísimos medicaes, tan demacrados y desnutridos como sus pacientes. Una fina película de líquido nutricional derramado cubría el suelo, goteando de los sistemas de soporte vital que se habían soltado de algunos que ya no los necesitarían más.

- Es como si... algo les hubiese hecho entrar en alguna especie de coma, uno a uno, - susurró Izzren.

- Ellos debían saberlo, - dijo Tsararel, señalando con un movimiento de cabeza a los adeptos medicaes muertos en el suelo. - Intentaron salvar a todos los que pudieron antes de que también les pillase a ellos.

Cualquiera que no estuviese conectado al soporte vital se moriría de hambre.

- Pero, ¿por qué?, - se preguntó Izzren, que aún estaba intentando procesar la macabra escena que tenía delante. - ¿Que pasó?

- Solo el Emperador lo sabe, - respondió Tsararel. Izzren notó que sujetaba con más fuerza el rifle de plasma. - Será mejor que el sargento sepa lo que hemos descubierto.

Izzren asintió y abrió la conexión del vox. - Izzren a Gerrikan. - Un click corto indicó que su hermano estaba escuchando.

- Hemos encontrado una estación medicae improvisada en la cubierta de la tripulación, - prosiguió. - Varios muertos. Otros tripulantes están conectados al soporte pero están en coma. Todos los que no están enchufados han fallecido.

- ... sugiero... despertar... - la voz de Gerrikan les llegó entrecortada.

Izzren dio unos golpecitos con el dedo sobre el vox de su casco. - ¿Gerrikan? ¡Sargento!

- ... repito... despertar..

- Puñetero cacharro, - maldijo. - Algo está bloqueando la señal de vox, Tsararel.

Tsararel hizo un movimiento con la cabeza para indicar que la había oído. - ¿Crees que deberíamos intentar despertar a uno para interrogarle?

- Supongo, - respondió Izzren, y se acercó a la camilla más cercana. Avanzando con cuidado, evitó pisar a un servidor medicae podrido que estaba cerca de ella y se quedó mirando cómo parpadeaba la estación de control del sistema de soporte vital al que el hombre estaba conectado. - Patrón Medela, tipo cuatro... - murmuró. Izzren presionó una serie de códigos imperiales estándar en el panel de control y entonó las pocas oraciones multifunción que conocía para despertar espíritus máquina.

- Esto debería devolverle al servicio del Emperador.

Un zumbido leve surgió del sistema de soporte vital cuando se puso a bombear drogas al paciente. Izzren retrocedió un paso, levantó su rifle láser y apuntó al hombre comatoso. Una ojeada rápida le bastó para ver que Tsararel también le estaba apuntando con su arma. Pasaron algunos segundos, pero el hombre solo yacía ahí tumbado, tan inmóvil e inerte como la propia nave.

Izzren inspiró profundamente y se acercó a él, casi con reticencia. Muy lentamente, se inclinó. Al final pudo oír cómo respiraba con un ritmo lento y uniforme. Su pecho apenas se movía pero, definitivamente, estaba vivo. Es solo que no parecía estar ahí en realidad.

Izzren estaba a punto de decir algo pero se quedó sin palabras cuando Tsararel gimió detrás de ella.

Se giró rápidamente sobre sí misma, sus instintos tomando el mando de manera instantánea a la vez que apuntaba con su rifle láser. Unas crueles garras plateadas sobresalían del estómago de su camarada. Antes de que Izzren pudiese reaccionar, Tsararel fue levantado violentamente y lanzado a través de la sala, estrellándose contra una fila de camillas.

Esa no era la razón por la que empezó a gritar.

Izzren apretó el gatillo de su rifle láser, disparando contra el asesino de Tsararel cuando este, súbitamente, salió corriendo a por ella.

+++

- ¿Izzren? ¡Izzren! ¡Te repito que no intentes despertar a nadie ahí abajo!, - gritó Gerrikan a su vox, aunque sabía que la conexión se había interrumpido.

- Por el ojo del Emperador... - maldijo, devolviendo la mirada al monitor de los sistemas cogitadores que parpadeaba irregularmente. Sentía cómo se le formaba un nudo en la garganta. - Recoge, Miika. Tenemos toda la información que necesitamos. Encontrémonos con Izzren y Tsararel y, entonces, evacuaremos.

Miika hizo una señal con la cabeza y comenzó a enrollar los cables del extractor de datos con movimientos de experto. Gerrikan se alegraba de no tener que mirar más las imágenes que habían extraído de los bancos del cogitador. Las autoridades imperiales tenían que saberlo tan pronto como fuera posible.

- El extractor está apaciguado y quiescente, sargento, - acabó diciendo Miika.

- Afirmativo. Moveos, Dracos de Guerra. Vayamos a por nuestros camaradas.

Holt dudó. - Espere un segundo, - dijo. - El áuspex está captando algo.

Ni siquiera había terminado la frase cuando Gerrikan sintió una sensación desagradable en el estómago, como si estuviese cayendo a las profundidades del abismo. El aire que les rodeaba crepitó.

- ¡Moveos! ¡Ya! - gritó el sargento mientras echaba a correr.

Aparecieron tres destellos cegadores de luz verde en mitad del aire y unas criaturas pesadillescas salieron de ellos. Su forma era humanoide pero sus cuerpos estaban compuestos por una aleación metálica del color del latón. Gerrikan les estaba contemplando horrorizado cuando una de las cosas se volvió hacia él, su único ojo brillando indolente mientras alzaba un rifle fantasmagórico y disparaba.

Gerrikan se deslizó por debajo de la ráfaga de energía letal y maldijo cuando le llovieron chispas desde una consola dañada situada detrás de él. Holt no tuvo tanta suerte.

Una de las criaturas de metal le acertó en la cabeza y se derrumbó, muerta antes de tocar el suelo.

Miika consiguió disparar una salva de disparos láser contra la espalda del asesino de Holt. Una hilera de cráteres de metal fundido apareció sobre el caparazón del ser encorvado, pero el metal empezó a fluir para taparlos. Apenas unos segundos después, parecía que Miika nunca hubiese abierto fuego contra la criatura. La cosa se giró imposiblemente rápido hacia el guardia, devolviendo el fuego metódicamente. Impactó directamente a Miika en la cabeza. Cayó en silencio sobre una consola de navegación y se quedó inmóvil.

Gerrikan volvió a maldecir y desenvainó su espada de energía. Las tres figuras de metal le ignoraron por el momento y avanzaron lentamente hacia el cuerpo de Miika. "Quiéren el extractor de datos", se dio cuenta Gerrikan. Tenía que actuar deprisa.

- ¡Por el Emperador! - gritó, y corrió a por la criatura más cercana. Los guerreros de metal se giraron para encararle y dos disparos abrasaron el aire por encima de su cabeza poco después de que se dejase caer. La inercia le llevó hacia delante y su espada de energía cortó las piernas de una de las monstruosidades de metal. Mientras la cosa se derrumbaba, Gerrikan se lanzó hacia Miika y cogió el extractor de datos. Un momento después estaba en la puerta del puente de mando, tirándose de cabeza para atravesarla justo cuando más descargas de energía impactaron contra la pared a su lado. Gerrikan respondió, lanzando una granada de fragmentación detrás de él.

- Eso debería mantener ocupadas a esas puñeteras cosas, - murmuró para sí mismo.

Mientras bajaba a toda velocidad por el corredor, sus pensamientos divagaron hacia su hermana. Quería ir a por ella, quería escapar con ella, pero sabía cuál era su deber. Agarró más fuerte el extractor de datos. El deber siempre era lo primero.

No podía tratarle distinto.

Tenía que llegar hasta el transbordador. Tenía que salir de la nave e informar de lo que había visto.

La luz de su lumen saltaba como loca a través de la negrura del corredor. Gerrikan jadeaba con fuerza mientras se obligaba a avanzar. El corazón le martilleaba en el pecho y esperaba que en cualquier momento extinguiesen su vida mediante un disparo en la parte de atrás de su cabeza. Pero el tiro nunca llegó y acabó alcanzando la bahía del hangar del Advenimiento Imperatus.

- ¡Poned en marcha los motores! - retransmitió Gerrikan mientras corría hacia el navío.

La escotilla del compartimento de la tripulación del transbordador se abrió y una silueta encorvada salió de ella, irreconocible por culpa de la oscuridad del hangar.

- ¿Qué estás haciendo? ¡Enciende los motores! - repitió Gerrikan, acercándose rápidamente.

- ¡Gerrikan, me alegro tanto de que lo consigieras! - respondió su hermana. Gerrikan se detuvo de golpe, su corazón saltándose un latido.

- ¿Izzren? - susurró. ¡Después de todo lo había logrado! ¡Había sobrevivido! Escaparían juntos de esta pesadilla.

- Sí, hermano, - dijo la figura, y se le acercó un paso. Al entrar en la luz del lumen de Gerrikan, el sargento sintió que le fallaban las fuerzas y cayó de rodillas.

- No... Izzren, no.

La piel de su hermana envolvía la forma de metal de la cosa que se le acercaba lentamente. Bajo los agujeros vacíos donde una vez estuvieron sus ojos azules, unas lentes verdes e insensibles le miraban, observando con frialdad todas sus reacciones. A cada paso que daba, de la aparición de pesadilla goteaba sangre.

- Hermano, - repitió el monstruo, modulando a la perfección la voz de su hermana.

Gerrikan cerró los ojos y dio la bienvenida a su abrazo.

